

THE ENLIGHTENED MR. PARKINSON

THE PIONEERING LIFE OF A FORGOTTEN ENGLISH SURGEON

Por Cherry Lewis

Icon, 2017

Un cirujano para la eternidad

Biografía del progresista radical que dio nombre a la enfermedad de Parkinson

La llamada enfermedad de Parkinson es, entre las patologías neurodegenerativas, la segunda en morbilidad. Seis millones de personas la padecen. Pero ¿quién era Parkinson? Cherry Lewis, historiador de la geología, nos acerca en su nuevo y espléndido libro a una figura fascinante y polifacética de la Ilustración: un cirujano y apotecario de curiosidad intelectual insaciable, activista político y socialmente comprometido. Su nombre, James Parkinson (1755-1824).

El libro *The enlightened Mr. Parkinson* nos presenta a un hombre que participó en empresas tan diversas como la fundación de la Sociedad Geológica de Londres o el presunto atentado para asesinar a Jorge III mediante un dardo envenenado, complot conocido como *Popgun Plot* (se habría utilizado una escopeta de aire comprimido). Tal vez el logro más extraordinario de Parkinson haya sido la monografía *Un ensayo sobre la parálisis agitante* de 1817, que ofrecía la primera descripción exhaustiva del trastorno que mucho después habría de llevar su nombre. La senda que le llevó a este descubrimiento histórico fue larga y sinuosa, como Lewis hace ver.

Parkinson pasó casi toda su vida en la misma casa, en el distrito de Hoxton, en el East End londinense. En ella ejerció la medicina, primero con su padre, y después con un hijo suyo; una empresa que abarcó al menos cuatro generaciones. Durante su aprendizaje, que duró siete años, aprendió a preparar medicamentos, a diagnosticar enfermedades y a purgar, sangrar y poner ventosas a sus pacientes, en su mayoría de clase media baja, aunque también algún que otro rico. Pasó después seis meses como ayudante de cirugía en el que es ahora el Hospital Royal de Londres.

Como Lewis explica, durante la vida de Parkinson, los campos abiertos de Hoxton desaparecieron bajo factorías y bloques de viviendas al ir ganando fuerza la revolución industrial. El agua y el aire londinenses quedaron sumamente contaminados; el apiñamiento de la población creó condiciones ideales para la propagación de enfermedades, entre ellas, la tuberculosis. Los fuegos

en espacios abiertos, los trabajos manuales peligrosos y las ropas combustibles provocaban a menudo quemaduras, hernias, fracturas o laceraciones. Es muy posible que las desgracias que Parkinson presenciaba en sus rondas —a menudo, sufriendo gota— espoleasen su despertar político y social.

Eran tiempos turbulentos, marcados por la guerra de los siete años, la de independencia norteamericana y las Guerras Napoleónicas. Los impuestos necesarios para pagar estas aventuras militares agravaron la agitación social, influida por la Revolución francesa de 1789. Parkinson se volvió cada vez más radical, abogó por el sufragio universal (entonces solo tenía derecho a voto alrededor de un 2 por ciento de la población), por la reforma del Parlamento, la educación de los pobres y el debate sin restricciones en asuntos de política y de religión. En 1792 ingresó en la Sociedad Correspondiente de Londres, que hacía campaña para la reforma parlamentaria y promovía que todos los hombres tuvieran representación. Parkinson adquirió destreza en los medios de comunicación de su tiempo y publicó artículos en revistas, panfletos y periódicos, a menudo, bajo el pseudónimo Old Hubert.

En 1794, ya radicalizado, se vio implicado en el complot *Popgun Plot*. Al parecer, se trató de una conspiración «a la carta» tramada por las autoridades para justificar la legislación restrictiva. Parkinson, reclamado para ser interrogado, admitió haber escrito soflamas e incluso panfletos sediciosos, pero no llegó a ser arrestado. No está claro cómo salió libre.

A continuación, orientó sus talentos a escribir libros de geología y de asesoría clínica general. De joven, siendo apotecario, había asistido a las lecciones de anatomía del famoso cirujano John Hunter, quien, al igual que muchos médicos, coleccionaba fósiles y aconsejaba su estudio. Parkinson comenzó su propia colección. En 1807 fue invitado a unirse a personajes de mentalidad afín, entre ellos el químico Humphrey Davy y el médico William Babington, que fundaron juntamente la Sociedad Geológica de Londres. En sus esfuerzos por conciliar la autoridad bíblica con los registros fósiles, que sugerían la existencia de vida animal centenares de miles de años antes de aparecer la humanidad. Parkinson abrazó la teoría del naturalista suizo Jean-André de Luc, cuya historia geológica constituía una secuencia de siete vastos períodos, cada uno para cada día de la Creación.

En sus trabajos médicos, Parkinson demostró su compromiso por la justicia social. En su libro *Medical admonitions*, de 1799, trataba de ayudar a las familias pobres a reconocer enfermedades y a que supieran cuándo convenía recurrir a consultas médicas de pago. En los años siguientes, versiones abreviadas, más económicas, encontraron un mercado receptivo en una clase obrera

cada vez más letrada. Parkinson se implicó en problemas de sanidad local a finales del siglo XVIII, como el trabajo infantil, los manicomios y la vacunación. Sus investigaciones sobre las situaciones horribles que sufrían los niños indigentes, que trabajaban en las fábricas, trajeron mejoras de carácter local treinta años antes de que se promulgase legislación nacional.

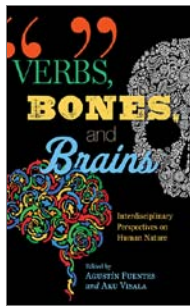
Fue también uno de los primeros que ofreció en Londres vacunas contra la viruela (le regaló un microscopio de disección a su amigo Edward Jenner, pionero en el procedimiento). Aunque con menor éxito, también prestó servicio como asistente médico en un manicomio privado. En 1810 se vio implicado, durante un juicio, en un notorio y falso testimonio para confinar a una mujer cuerda, por lo que fue muy criticado. Esa experiencia se plasmó en un libro al año siguiente: *Mad-houses: Observations on the act for regulating mad-houses*. Muchas de sus propuestas para el tratamiento humanitario y la protección legal de los enfermos mentales fueron finalmente incorporadas a la ley de salud mental *Lunacy Act*, de 1845.

Dada la amplitud de intereses, pasiones y actividades de Parkinson, tal vez resulte un poco sorprendente que su nombre sobreviva gracias a un ensayo, cortésmente recibido en su tiempo, pero apenas difundido. Su exposición de los signos y síntomas de la enfermedad sigue siendo ejemplar, si bien poco pudo Parkinson proponer en cuanto a sus causas o terapias. Más de medio siglo después, el gran neurólogo francés Jean-Martin Charcot acuñó la expresión *maladie de Parkinson*, y el ensayo empezó a ganar un público más amplio. Confío en que el libro de Lewis haga otro tanto para su autor.

—Tilli Tansey,
profesora de historia de las ciencias médicas modernas
en Queen Mary, Universidad de Londres.

Artículo original publicado en *Nature*,
vol. 544, págs. 28-29, 2017
Traducido con el permiso de Macmillan Publishers Ltd.
© 2017

Con la colaboración de **nature**



VERBS, BONES, AND BRAINS

Dirigido por Agustín Fuentes
y Aku Visala

University of Notre Dame Press, Notre
Dame, 2017

Naturaleza humana

Aproximaciones multidisciplinares

A lo largo de los últimos decenios hemos asistido a una eclosión sin precedentes de investigaciones empíricas y filosóficas sobre la biología evolutiva de *Homo sapiens*, los orígenes del problema mente/cerebro y la cultura humana. Esa investigación y sus interpretaciones han encendido acalorados debates sobre la naturaleza de los humanos y sobre cómo ha de entenderse el hombre desde el punto de vista de las ciencias y de las humanidades. Desde el punto de vista de la ciencia, se ha puesto especial énfasis en la genómica y en la epigenética, así como en la neurociencia del cerebro. Desde la óptica humanística se resalta su carácter único, responsable e inteligente. De una manera u otra, los diversos enfoques de la naturaleza humana se entrelazan con las cuestiones últimas rela-

tivas a la naturaleza del cosmos, el origen de la vida y de la consciencia.

Con Charles Darwin emergió una nueva perspectiva al instalar al ser humano en el árbol evolutivo de los organismos. Ciertamente es que desde Linneo se le clasificaba entre los mamíferos, pero siempre quedaba aparte cuando se empezó a hablar de posibles transformaciones de las especies. Darwin fue el primero que aportó herramientas sistemáticas y teóricas que vinculaban capacidades, desarrollo e historia del hombre con sus homólogos en los animales: las mismas causas que favorecen el cambio en los animales son las que lo promueven en la filogenia del hombre. Se pasó de una interpretación esencialista de la especie humana a una concepción evolutiva. Ese giro repercutió en la vertiente teleológica y normativa de la naturaleza humana: la selección natural no es finalista, no tiene un objetivo premeditado.

Sin embargo, la perspectiva evolutiva siguió siendo minoritaria en las ciencias sociales por más de un siglo, hasta que, en los años setenta Edward O. Wilson introdujo el concepto de *sociobiología*. A tenor del mismo, el comportamiento social humano trascendía los condicionamientos culturales, pues reflejaría una adaptación para la supervivencia y la reproducción. El hombre presentaría un conjunto de disposiciones y rasgos que no están lejos de los que caracterizan a los demás primates. La sociobiología de Wilson fue rechazada por otros científicos, Stephen Jay Gould entre ellos, quien no aceptaba

la reducción de la conducta a la selección natural. En los años ochenta, la ciencia cognitiva, antaño dominio de la filosofía, buscó un hueco en la ciencia. La psicología cognitiva se oponía también a la sociobiología. El modelo estándar de la psicología cognitiva, llamado también modelo nativista o «escuela de santa Bárbara», proponía que la mente humana era un sistema modular, cuyos módulos fueron creados por selección natural para resolver problemas adaptativos en un entorno ancestral. Ahora esos módulos, en su origen adaptativos, se emplean en diferentes tareas y forman una base universal de las distintas culturas humanas.

Aunque los humanos no poseen el mayor cerebro, sí poseen la mayor corteza en proporción. El cerebro humano es de una complejidad más allá de lo imaginable. Consta de unos 100.000 millones de neuronas, que establecen unos 100 billones de sinapsis. El botón sináptico terminal presenta unas 300.000 copias de 80 moléculas diferentes. La interrelación neuronal está condicionada por la arquitectura física del cerebro y del sistema nervioso. Importan el grado y la forma de conectividad, así como el tamaño, en las capacidades cognitivas.

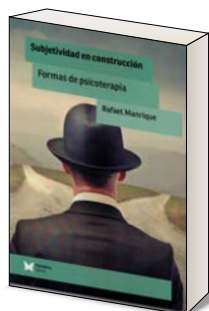
Por dinámica de sistemas sabemos que los sistemas complejos como el cerebro pueden adquirir propiedades que no poseían los elementos componentes. Son las propiedades emergentes. Las sensaciones de dolor, por

ejemplo, son experiencias del sujeto (o como se suele decir, de primera persona) que escapan a una descripción científica objetiva (o de tercera persona). Un electroencefalograma podría registrar la excitación de neuronas en su hipotálamo y un neurocientífico podría identificar los procesos químicos implicados, pero ni una ni otros son la primera persona. Ni la excitación de las fibras C ni los procesos químicos son el dolor. El estudio de la naturaleza humana es, en buena medida, el estudio de nuestros rasgos y de cómo se hallan interrelacionados. Existe una estructura común dentro de la diversidad de individuos que componen la especie.

En el dominio de la ética, la noción de naturaleza humana se utiliza a menudo como concepto normativo, de guía para la acción; nos indica cómo hemos de actuar. También se emplea como concepto descriptivo, que caracteriza lo que hacen los humanos y están dispuestos a hacer, no lo que deben hacer. El concepto normativo entra de plano en los debates sobre homosexualidad, aborto o potenciación. Si, por naturaleza, el hombre es moralmente bueno, nuestra meta tendría que ser abrazar nuestra propia naturaleza. Pero si, por naturaleza, el hombre es moralmente malo, el conocimiento de esta habría de permitirnos buscar los medios para obviarla y domeñar nuestras inclinaciones.

—Luis Alonso

Novedades *Otros títulos sobre psicología y neurociencias*

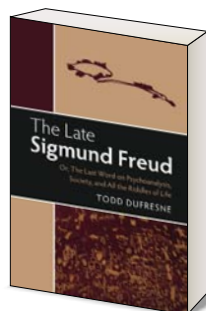


SUBJETIVIDAD EN CONSTRUCCIÓN

Formas de psicoterapia

Rafael Manrique

Kano Libros, 2017
ISBN 9788488909961
243 págs. (20 euros)

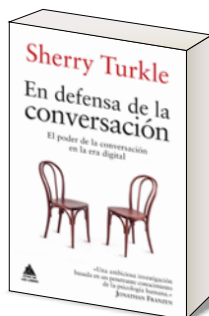


THE LATE SIGMUND FREUD

Or, the last word on psychoanalysis, society, and all the riddles of life

Todd Dufresne

Cambridge University Press, 2017
ISBN 9781316631027
274 págs. (32,66 euros)



EN DEFENSA DE LA CONVERSACIÓN

El poder de la conversación en la era digital (2.ª edición)

Sherry Turkle

Ático de los Libros, 2017
ISBN 9788416222278
496 págs. (21,90 euros)



QUIERO APRENDER CÓMO FUNCIONA MI CEREBRO EMOCIONAL

Iván Ballesteros
Colección Serendipity
Desclée De Brouwer, 2017
ISBN 9788433029140
128 págs. (8,55 euros)